

bilidad que a Oliveira le está vedada: experimentar la realidad del otro. En «Axolotl» el narrador se transforma en ajolote en un sentido físico pero también en un sentido alegórico, en tanto que, al igual que los ajolotes, se ha transformado en otro.

Ahora bien, la transformación del narrador en ajolote implica que ya no hay comunicación posible con su antiguo ser. Pero entonces, ¿cómo puede el ajolote pensar en el lenguaje del otro? El propio narrador se muestra sorprendido: «sólo una cosa me resulta extraña: seguir pensando como antes, saber». Si los límites de mi lenguaje coinciden con los límites de mi mundo, tras la transformación el narrador-ajolote tendría que resultarnos ininteligible o simplemente enmudecer. Consciente de esta paradoja, Cortázar introduce un giro final: el relato que estamos leyendo es el cuento que el narrador escribe, ignorante de su transmutación, creyendo imaginar un cuento. A través de la imaginación, de la creación artística, el lenguaje recupera parte de su poder. El cuento nos habla de la insuficiencia del lenguaje al mismo tiempo que, como objeto artístico en sí, apunta a lo contrario. De la misma manera que *Rayuela* buscará ser, en cierto modo, la respuesta a las preguntas sobre el lenguaje que en ella se formulan.

## La interrogación al lenguaje

También «*Ambystoma triginum*» tiene como punto de partida la fascinación que ejercen los ajolotes sobre el narrador. Es de suponer que Elizondo conocía el cuento de Cortázar, lo que implica un diálogo, quizá involuntario pero inevitable, entre ambos textos. Esto resulta aún más interesante porque los textos incluidos en *El grafógrafo* reflexionan alrededor del lenguaje y la escritura, y en ellos la obra de Wittgenstein también está presente, en algunos casos de manera explícita. El «*Tractatus rethorico pictoricus*», por ejemplo, entabla un diálogo paródico con el *Tractatus* adoptando la forma de un abstruso tratado pictórico. En otro texto, titulado «El objeto», Elizondo toma como premisa la proposición 2.014 del *Tractatus*, «Los objetos contienen la posibilidad de todos los estados de cosas», y obtiene de ella conclusiones desmesuradas. En ambos casos la aproximación al *Tractatus* es distante e irónica. Para Elizondo, el *Tractatus* es un texto más entre textos y, por lo tanto, susceptible de entrar dentro del juego de la escritura, de lo puramente literario.

En este mismo tono, el texto «*Ambystoma triginum*» adopta la forma de un registro en el que el narrador, fascinado por la morfología y

por la extraña condición de los ajolotes, deja constancia de los experimentos imaginarios o reales que efectúa con ellos y anota sus observaciones. En principio, aquí no se trata de traspasar el cristal del acuario para penetrar en la realidad del otro, sino de ensayar diversas maneras de interrogar esa otredad, de hacerla hablar. Con ese fin, el narrador realiza diversos experimentos con los ajolotes: provoca y observa sus mutaciones, los saca del acuario, injerta la cabeza de uno en el cuerpo de otro, los intoxica con *Cannabis sativa* o constata cómo operan por empatía sobre la sexualidad femenina: «lo aproximo a las mujeres que mientras por dentro se abren y se cierran como las valvas de una ostra, gritan horrorizadas por esa forma, por esa fluidez contenida, por esa humedad». Para el narrador, el ajolote ilustra una «teoría radical, inquietante, garrafal, acerca de la naturaleza de la vida», es el signo de una realidad confusa e ilógica a la que se aparenta interrogar con minuciosidad. Pero lo disparatado de esta experimentación revela que el juego es puramente literario. El giro wengensteiniano radica precisamente en esto: interrogar la realidad es interrogar al lenguaje. Aquí no hay ninguna misteriosa interioridad que explicar, sino solamente hechos que describir. Y es en el esfuerzo por clarificar el lenguaje donde se manifiesta la ambigüedad del ajolote: «Habría que saber, por ejemplo: los huevos de ajolote son huevos de ajolote o huevos de larva de salamandra». Si de acuerdo a las concepciones del *Tractatus*, el lenguaje puede hablar de las cosas del mundo precisamente porque los estados de cosas en el mundo se corresponden con la forma lógica del lenguaje (*Tractatus*, 4.03), si la proposición es un modelo de la realidad tal como la pensamos (*Tractatus*, 4.01), es de esperar que la naturaleza indefinida del ajolote se refleje en la confusión del lenguaje que intenta apresar esa realidad. Incluso el lenguaje de las ciencias naturales, como aparente paradigma de claridad, resulta inadecuado para representar la lógica del ajolote:

[...] el ajolote, en la medida en que se puede reproducir en tanto que ajolote pertenece a la especie de los ajolotes, pero en la medida en que puede convertirse en salamandra y reproducirse como salamandra, pertenece a la especie de las salamandras que, por otra parte son la imago de su larva, que son los ajolotes.

Así, el verdadero objeto de estudio no es el ajolote sino el lenguaje y, por ende, la escritura. El narrador ensaya diferentes aproximaciones: pasa del informe técnico, aséptico y distante («El ajolote receptor mue-

re. La cabeza injertada conserva reflejos oculares. Muere dos horas y media después») al comentario informal, el relato onírico o la digresión arquitectónica. Si en «Axolotl» los ajolotes, con sus «rostros rosados azteca», eran percibidos como los herederos de un remoto señorío aniquilado, el narrador de «*Ambystoma triginum*» concibe una ciudad, Axolotitlán, en la que una imaginada civilización axólotl convive y se confunde con el sanguinario y terrible mundo de los aztecas. Interesante paralelismo: tan inconcebible es el universo de los ajolotes como ajeno y extraño nos resulta el mundo prehispánico. Son realidades a las que, desde nuestro ser, desde nuestro lenguaje, no tenemos acceso: están del otro lado. Intentar expresarlas implica la intuición de una esfera lingüística diferente: «Viaje al origen del axólotl. Creación de un periodo verbal capaz de remontarnos hasta este núcleo». Es en la escritura, en el lenguaje mismo, donde se manifiesta la realidad garrafal de Axolotitlán:

Enormes paramentos y taludes de adobe surcados de formiculantes escale-  
rámenes tallados en la polvaginosa materia de oro que se complican con recios  
andamiajes tensamente ligados con tendones y sogas que surcan las gigantes-  
cas murallas ocreáceas trazando caprichosas demostraciones de una geometría  
bárbara y terrorífica.

En el *Tractatus* el hombre aparece como un ser limítrofe en tanto que el sujeto no pertenece al mundo, sino que es un límite del mundo (*Tractatus*, 5.632). En «*Ambystoma triginum*», el ajolote también es un ser limítrofe, el «habitante ídeal de un medio ambiguo: el fango, que no es ni líquido ni sólido, como el ajolote no es ni acuático ni terrestre; ni cabalmente branquial ni totalmente pulmonar, sino ambos o ninguno a la vez». Ambiguo como el hombre, el ajolote es un ser «que ni siquiera es él mismo todavía de otro que tampoco». Ambigüedad que, además, aparece asociada a la sexualidad:

El ajolote se agita en el agua turbia. Traza convulsivas topologías con su  
cuerpo. Consigue saltar fuera de la pecera y cae sobre el regazo de una mujer  
que grita horrorizada. La salamandra yace muerta; ahogada. Se consuma la de-  
mostración de esa transformación estupenda. El cadáver flácido y verguiforme  
es la figura de esa metamorfosis.

Se cierra así al ciclo de las transformaciones. Como en el mito náhuatl, la última transformación del ajolote es su propia muerte.

## Bibliografía

JULIO CORTÁZAR, *Rayuela*, Madrid: Cátedra, 1994 (8ª edición).

JULIO CORTÁZAR: «Julio Cortázar Lector», entrevista realizada por Sara Castro-Klaren en 1976, *Cuadernos Hispanoamericanos*, 364-366, octubre-diciembre (1980), pp. 11-36.

SALVADOR ELIZONDO: *El grafógrafo*, México: Joaquín Mortiz, 1972.

FRAY BERNARDINO DE SAHAGÚN: *Historia general de las cosas de la Nueva España*, Madrid: Alianza Editorial, 1988.

ANTONIO PAGÉS LARRAYA: «Perspectivas de “Axolotl”», cuento de Julio Cortázar», en Helmy F. Giacomani (ed.): *Homenaje a Julio Cortázar*, New York: L. A. Publishing Company, Inc., 1972.

LUDWIG WITTGENSTEIN: *Tractatus Logico-philosophicus*, Traducción de Enrique Tierno Galván, Madrid: Alianza Editorial, 1987 (2ª edición). Las citas corresponden a la numeración de las proposiciones.